

DELÉITATE
en
DIOS

Libros de A. W. Tozer publicados por Portavoz:

El Consejero: Una conversación franca sobre el Espíritu Santo

Diseñados para adorar

Deléitate en Dios

Fe auténtica

Fe más allá de la razón

Lo mejor de A. W. Tozer, Libro uno

Lo mejor de A. W. Tozer, Libro dos

Los peligros de la fe superficial

El poder de Dios para tu vida

¡Prepárate para el regreso de Jesús!

La presencia de Dios en tu vida

Una fe incómoda

La verdadera vida cristiana

Y Él habitó entre nosotros

A. W. TOZER

Compilado y editado por James L. Snyder

DEL ÉLITE
en
DIOS



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Delighting in God* © 2015 por James L. Snyder y publicado por Bethany House Publishers, 11400 Hampshire Avenue South, Bloomington, Minnesota 55438. Bethany House Publishers es una división de Baker Publishing Group, Grand Rapids, Michigan. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Deléitate en Dios* © 2017 por Editorial Portavoz, filial de Kregel, Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Daniel Menezo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5693-0 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6566-6 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-8727-9 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 26 25 24 23 22 21 20 19 18 17

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

Introducción.....	7
1. La realidad de nuestra percepción de Dios.....	13
2. El fundamento de nuestra percepción de Dios.....	25
3. Nuestra percepción de Dios y la Iglesia.....	35
4. Una percepción deficiente de Dios.....	45
5. Restaurando nuestra percepción de Dios.....	57
6. Motivos para una mala percepción de Dios.....	67
7. La percepción de nuestra relación con Dios.....	77
8. Nuestra percepción de Dios lo determina todo.....	89
9. Nuestra percepción de Dios determina nuestra comunión con Él.....	101
10. Nuestra percepción de la perfección divina.....	111
11. Nuestra percepción de la gracia divina.....	123
12. Nuestra percepción de la misericordia divina.....	133
13. Nuestra percepción de la bondad divina.....	143
14. Una percepción elevada y santa de Dios.....	151
15. El efecto de nuestra percepción de Dios.....	159
16. Nuestra percepción de Dios marca nuestra vida de oración.....	169
17. Nuestra percepción de Dios en la creación.....	177
18. La percepción de nuestra plenitud en Jesucristo.....	183

INTRODUCCIÓN

Deleitémonos en el Dios al que adoramos

Cuesta bastante pensar en A. W. Tozer sin que nos vengan a la mente los atributos de Dios. Uno de sus libros, que se ha convertido en un clásico devocional, se titula El conocimiento del Dios santo. Este fue el último libro que escribió y representa la culminación de años de estudio, oración y predicación. Personalmente, leo este libro una vez al año.

En cierta ocasión, durante un sermón que pronunció en Chicago, el Dr. Tozer hizo a su congregación una petición bastante personal. Era algo que no solía hacer, pero fue interesante escuchar cómo hacía un llamado tan personal.

Quiero que oren por mí. Deseo que pidan a Dios que me ayude y me permita vivir lo suficiente para escribir un libro sobre sus atributos, desde un punto de vista devocional. Lo tengo en mente y quiero hacerlo, pero estoy muy ocupado con todas las otras cosas que tengo entre manos. Oren por mí para que el Señor cumpla su propósito en mi vida. Quisiera hacer esto y exponer a esta generación un concepto elevado del gran Dios Todopoderoso en sus tres Personas. Cuando muera, no me gustaría que el mundo dijera: “¿Verdad que Tozer era listo, elocuente e ingenioso?”. No, me gustaría que dijera: “Te alabamos, Dios. Reconocemos que eres el Señor. Glorifiquemos al Padre eterno; que todos los ángeles clamen diciendo: ‘¡Santo, santo, santo, Señor

Dios de los ejércitos! ¡El cielo y la tierra están llenos de la majestad de tu gloria!”’. Esto es lo que deseo hacer. Quiero dejar a mis espaldas el aroma de Dios, de modo que la Trinidad reciba todo el mérito.

Creo que esta oración ha sido respondida más allá de las humildes expectativas de Tozer. *El conocimiento del Dios santo* ha sido de bendición para muchas personas desde el momento de su publicación.

La gran pasión del corazón y el ministerio de Tozer era Dios. Quería estimular a las personas y, en consecuencia, muchos le malinterpretaron. Por supuesto, él sabía que no conseguiría que todos subieran a bordo, pero buscaba a ese remanente que sintiera tal pasión por Dios que continuase con el ministerio que Dios le había confiado a él. No predicaba o escribía para todo el mundo, sino, concretamente, para quienes tenían un corazón para Dios.

En este libro, que se basa en sermones que predicó el Dr. Tozer en muy diversos lugares, apreciamos cuál era la carga de su corazón. La mayoría de sermones asociados con este libro se predicó después de la publicación de *El conocimiento del Dios santo*. A pesar de que escribió el libro, fue incapaz de agotar el tema. Dedicó los últimos años de su vida a predicar acerca de Dios. A veces lo invitaban a una serie de conferencias bíblicas para que predicase sobre un tema concreto, y con frecuencia aceptaba sus directrices, pero su pasión era predicar a Dios.

Lo interesante de este estudio es el hecho de que, según dice el Dr. Tozer, lo que pensamos de Dios afecta a todos los aspectos de nuestras vidas. A menudo decía que es posible adivinar el futuro de una persona si entendemos su percepción de Dios. Esa era la clave. Desde el punto de vista de Tozer, lo más importante era lo que pensaba de Dios una persona.

Creo que esto se le aplicaba a él mismo. Para entender real-

mente su trabajo y su ministerio, es necesario comprender su percepción de Dios (lo que pensaba de Él), quién era Dios desde su punto de vista. A Tozer no le interesaban las tendencias pasajeras que se infiltraban en la iglesia de su época. Sin embargo, le preocupaban tales cosas porque, como veremos en este libro, desde su punto de vista esas tendencias producían un efecto negativo sobre la iglesia, y eran las culpables de algunas de las carencias que veía en ella.

No todo el mundo apreciaba al Dr. Tozer o su enseñanza, y él lo entendía. En este libro hallamos una referencia a una carta que escribió un profesor de un seminario, quien con bastante firmeza discrepaba del Dr. Tozer sobre la doctrina del Espíritu Santo. Él raras veces respondía a las críticas. No sé si es que simplemente no tenía tiempo para ello, o si le faltaba la voluntad. Pero algunos se mostraban muy críticos con el Dr. Tozer sencillamente porque no comprendían su percepción de Dios.

Incluso en sus tiempos, Tozer se quejaba de la mediocridad de la iglesia cristiana. Se quejaba de que la adoración había caído a un nivel muy bajo, despreciable. Me pregunto qué diría hoy día. Tozer creía firmemente que nuestra adoración de Dios debía ser digna de Él. Para conseguir esto, debemos saber quién es Dios en realidad.

A Tozer no le interesaba la metodología, la tecnología ni nada por el estilo. No le interesaba saber cuánto sabías *acerca de* Dios. Por supuesto, eso era el punto de salida. Lo que le interesaba era el propio Dios, su naturaleza y su carácter, y cómo se nos ha revelado por medio de su Palabra.

El problema con el panorama eclesial, tal como lo percibía Tozer en su época, era el mismo al que nos enfrentamos hoy; simplemente podemos decir que ha empeorado. Desde aquellos tiempos no ha cambiado gran cosa, excepto que la iglesia cristiana se ha ido deslizando cada vez más con el paso de las generaciones.

Tozer no escribía ni predicaba a los mediocres. A quienes les bastaba con seguir haciendo todo igual no les interesaba leer nada de lo que tenía que decir Tozer. La esencia de Tozer, así como su predicación y sus escritos, fue una pasión por Dios que invadía toda su vida. No importaba nada más. Creía que debemos regocijarnos en Dios todos los días, pero nunca aposentarnos y conformarnos con el punto en el que estamos espiritualmente. Su lema cotidiano era “Avanzar hacia la perfección”.

Este no es un libro que puedas leer y dejarlo luego en una estantería. Creo que lo que Tozer pretende expresar en este libro es, simplemente, que tu pasión por Dios determinará tu estilo de vida. No puedes decir que crees en Dios y luego manifestar conductas que entren en conflicto con el carácter y la naturaleza santa de Dios. Ambas cosas son incompatibles. Si en ti hay algo que no sea santo, en realidad es que no hay nada santo en tu vida. El cristianismo no es una religión en la que respetas determinadas normas, reglamentos y rituales; el cristianismo es una pasión por Dios que solo se puede satisfacer cuando acudimos a Jesucristo.

En lo más profundo del alma humana está esa imagen de Dios que solo puede satisfacer la eternidad. Cuando intentamos llenar ese espacio con cosas temporales, nunca quedamos satisfechos. El hombre más rico del país nunca está satisfecho con sus riquezas. La persona más famosa del mundo no está satisfecha con su popularidad. Todas ellas saben que la riqueza y la popularidad de nuestras vidas naturales pueden desaparecer con la misma rapidez con que llegaron. Algunos de los hombres más acaudalados se suicidan porque sus vidas están vacías y carecen de sentido. El hombre fue creado para ser lleno de eternidad. Y esa eternidad empieza con Jesucristo, el Hijo eterno, que entra en nuestras vidas.

Al final de cada capítulo hay un himno que tiene relación con el tema del mismo. Si sabes algo del Dr. Tozer, sabrás que

tenía un apetito y un aprecio insaciables por los himnos de la iglesia. Sus comentarios sobre la himnología son esclarecedores y debemos enfatizarlos en nuestra época. Quizá nos enfrentemos a una generación que le ha dado la espalda por completo a los himnos tradicionales de la iglesia. Esos himnos los escribieron hombres y mujeres que sentían tanta pasión por Dios que muchos de ellos perdieron la vida a causa de ella. Los himnos nacieron de su experiencia personal con Dios que en muchos casos los desbordaba.

Hoy disponemos de canciones breves y llamativas, músicas que nos hacen sentir bien. Esto sería deplorable para el Dr. Tozer. Los himnos de la iglesia no van destinados a hacernos sentir bien, sino a elevarnos por encima de nuestros sentimientos y llegar a lo que se conoce como el *mysterium tremendum*, la presencia inefable de Dios, un lugar con el que pocos cristianos modernos están familiarizados.

Meditar en los himnos hará que nuestro corazón aprenda a apreciar a Dios. El Dr. Tozer advertía que no podemos pasar rápidamente por un himno y sacar provecho de él. Pasa tiempo con un himno y deja que penetre en tu alma.

El propósito de este libro no es descubrir qué pensaba de Dios el Dr. Tozer. Si ese fuera el caso, a él le habría inquietado mucho. No, el propósito de este libro es encender en tu corazón una pasión por Dios que te lleve a seguirle con todas tus fuerzas, que incluso conmocione a los que están satisfechos con la pasión que sienten por Dios ahora.

Si alguien lee este libro y le impacta profundamente, de modo que quiera buscar a Dios con una pasión que no puede ser satisfecha fuera de Él, esta obra habrá cumplido su propósito.

James L. Snyder

LA REALIDAD DE NUESTRA PERCEPCIÓN DE DIOS

¡Oh Dios, mi corazón clama por ti como lo hizo el de David hace tanto tiempo! Anhele conocerte en toda la belleza de tu revelación, y en toda tu perfección. Es posible que el camino que lleva a tu corazón sea difícil y traicionero, pero puedo soportar las dificultades siempre que descubra en ellas la plenitud de tu carácter y de tu naturaleza. Amén.

Siempre que descubras a un hombre de Dios descubrirás también una pasión insuperable por Dios que casi escapa a todo control. No hablamos de curiosidad por Dios, sino de una profunda pasión para experimentar a Dios en toda su plenitud. Conocer a Dios es la pasión que impulsa a un hombre hacia el mismísimo corazón de Dios.

Nuestra Biblia está llena de pasajes que subrayan esta pasión. Permíteme que mencione dos de mis favoritos.

David escribe apasionadamente:

Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿Cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios? (Sal. 42:1-2).

Por lo que a mí respecta, estos versículos resumen el sentir de David, de quien Dios dijo que era “un varón conforme a

mi corazón”. David tuvo muchas cosas en su vida, y no fue un hombre perfecto; aun así, puedo decir con total confianza que su hambre de Dios era lo que le hacía elevarse por encima de todos los demás, haciendo de él un hombre conforme al corazón de Dios.

David deseaba a Dios a cualquier precio y, al leer su historia, descubrimos cuál fue ese precio.

En el Nuevo Testamento encontramos a un hombre llamado Pablo que escribió:

a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos (Fil. 3:10-11).

Conocer a Dios era la pasión dominante del apóstol Pablo, y en su vida no había nada más importante, ni la vida ni la muerte. Si podemos entender la pasión de un hombre, podremos empezar a comprender por qué hace o se priva de hacer determinadas cosas.

Esta pasión por Dios no era fruto de la casualidad. Conocer de verdad a Dios como Él desea y merece ser conocido no es algo casual, sino una búsqueda de toda una vida, que acabará solamente cuando le veamos cara a cara.

He utilizado el término *pasión*, y quiero explicarme. La pasión se puede definir de dos maneras. Primero, tenemos la pasión del corazón, y luego tenemos la de la mente. A menudo estas dos pasiones se confunden o se usan como sinónimos. La diferencia es que la pasión de la mente se ve alterada por las influencias externas, mientras que la del corazón habita en las verdades profundas de Dios. Juan, el amado, escribió: “porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo” (1 Jn. 4:4). La pasión del corazón tiene el mayor poder en la vida

de una persona: el poder de transformar en verdadera piedad aquello que es aceptable para Dios y satisface sus requisitos.

Lamentablemente, la mayoría de personas malgasta su pasión en cosas temporales, como el deporte, el ocio, las vacaciones, mientras que el hombre o la mujer de Dios se centran en aquello que realmente puede satisfacer el corazón. Los caminos de la pasión minan nuestra integridad. Nuestra pasión por Dios debería elevarnos por encima de los elementos de este mundo llegando a las esferas celestiales, donde la alabanza de Dios es suprema.

Tengo que señalar que existen tres niveles básicos de conocimiento de Dios.

Primero tenemos el nivel *intelectual*. Este se basa por entero en la evidencia que tenemos a mano. Más adelante analizaremos la idea de que podemos encontrar a Dios en la naturaleza. Sin embargo, nuestro punto de partida es el nivel intelectual. Dios nos ha dado una mente, y espera que la usemos, sobre todo con el propósito de conocerle. Los científicos han explorado nuestro mundo con gran detalle, y lo único que tienes que hacer es examinar las evidencias.

El nivel intelectual solo llega hasta cierto punto. El siguiente nivel es el *teológico*, que es la organización de la verdad en lo que llamamos “doctrina”. La teología es magnífica, y creo en ella, y no es otra cosa que el estudio de Dios. ¿Qué podría ser más emocionante que eso?

Toda teología debe fundamentarse en la Palabra de Dios. La teología no es un fin en sí misma, sino que señala a Aquel que es mayor que ella. Cuando la teología se vuelve un fin en sí misma, deja de ser una vía que lleve al conocimiento de Dios.

Lo que necesita la gente hoy día es la verdad, la verdad organizada de tal manera que nos permita comprender quién es Dios. El problema principal de la teología es que la hemos organizado conforme a la idiosincrasia humana. La teología debería ser el estudio

de Dios, no nuestra interpretación humana de Dios. Ahí es donde encontramos problemas. ¿Dios es calvinista o arminiano? Según determinada teología, tú debes ser una cosa u otra.

Tenemos el nivel intelectual y el nivel teológico, pero no son suficientes. Pasemos a lo que yo llamo el nivel *místico*.

Cuando uso el término *místico* siempre surgen problemas. Sé que se ha abusado de esta palabra y que se ha usado mal, pero no temo a las controversias. Creo que la palabra *místico* expresa muy bien lo que intento decir.

Con el correr de los años ha habido grandes escritores místicos evangélicos. Estos escritores estaban tan sintonizados con Dios que todos ellos, sin excepción, padecieron persecución a manos de las autoridades eclesiales. Su concepto de Dios era tan puro, elevado y santo que el ciudadano de a pie no lograba asimilarlo.

Cuando hablo del nivel místico del conocimiento de Dios hablo de aquello que traspasa el “velo del desconocimiento”, esa área que el conocimiento y la comprensión humanos no pueden discernir, que trasciende el intelecto e incluso la teología y llega al área que consiste en experimentar la presencia de Dios. El Hermano Lorenzo expresó sus pensamientos sobre esto en su libro *La práctica de la presencia de Dios*. En esto consiste el nivel místico.

Sí, primero debemos tener un nivel intelectual. Y sí, el nivel teológico es necesario para mantenernos dentro de los límites de la Palabra revelada de Dios. Pero todo esto nos lleva a mayor profundidad y mayor altura, si me lo permites, llegando al mismo corazón de Dios. Si quiero conocer a Dios, debo penetrar en la presencia manifiesta de Dios, donde su carácter y su naturaleza se me han revelado en una sucesión ininterrumpida de maravilla y asombro.

Lo que pasa es que no basta con saber *acerca de* Dios. Debemos conocer a Dios con un grado de intimidad cada vez mayor,

que nos levante por encima de toda razón llegando hasta la adoración y la alabanza.

David fue un hombre que entendió esto. Era un hombre conforme al corazón de Dios. A pesar de ello, era un hombre que tenía sus pasiones, como cualquiera de nosotros. Tenía sentimientos, problemas y dificultades. Pero, a pesar de todas sus debilidades humanas, David sentía una pasión por Dios que le elevaba por encima de todos sus errores y debilidades, llevándole hasta el propio corazón de Dios. ¡Oh, si fuéramos como David, hombres conforme al corazón de Dios!

Cuando leo los salmos de David siempre me asaltan el hambre y el deseo de Dios. Lo que verdaderamente define a un hombre no es su viaje, sino su destino, y el destino de David era Dios. David no buscaba una vida mejor; buscaba a Dios. No buscaba el reconocimiento ajeno, el aplauso o las posesiones materiales. Buscaba a Dios. Algunas de esas cosas le estorbaron en su camino, pero al final triunfó la pasión que sentía David por Dios.

En el Nuevo Testamento tenemos al apóstol Pablo, un hombre de la razón, una persona instruida de su época, y uno de los principales fariseos de Israel. En lo tocante a sus aspiraciones religiosas, tenía un gran futuro. Estaba muy entregado a su carrera y, usando su inteligencia, se había situado en el camino del éxito.

Al contemplar la vida de Pablo, vemos que ninguno de sus razonamientos sació de verdad su corazón. El vacío que sentía dentro le impulsaba a seguir, pero solo para descubrir que seguía vacío. Fue en el camino a Damasco donde Pablo alcanzó el final de la razón y encontró a Dios, y a partir de ese momento la pasión de su corazón puede resumirse en la frase “a fin de conocerle”. Da lo mismo todo lo demás que sepamos de Pablo; si sabemos esto, empezamos a comprender la verdadera pasión de su corazón y por qué hizo algunas de las cosas que hizo.

La afirmación de Pablo en Filipenses 3:10-11 resume la esencia de su pasión por Dios:

a fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos.

Conocer a Dios era la pasión de Pablo, y de hecho no le importaba nada aparte de eso. Hubo tres cosas que ayudaron a Pablo a centrarse en Dios (según vemos en el pasaje que hemos citado).

La primera era “el poder de su resurrección”.

Hacerse cristiano no supone el mero hecho de asentir a ciertas verdades y luego decir “Acepto a Jesús”. Conlleva introducir en tu vida el poder divino, el mismo poder que levantó a Jesús de entre los muertos. Esta es la imponente obra que hace el Espíritu Santo para llevarte al mundo divino de la redención.

La segunda fue “la participación de sus padecimientos”.

Esto supone la identificación de Pablo con el Cristo que murió en la cruz y resucitó al tercer día. Lo que quería decir Pablo con esto es que su cristianismo era el resultado de su relación con Dios. Y Pablo estaba dispuesto a seguirle a toda costa. Esta pasión de Pablo le ocasionó todo tipo de problemas. Creo que puedo decir, sin temor a equivocarme, que la actitud de Pablo era que los enemigos de Cristo serían sus propios enemigos, y que tendría por amigos a los amigos de Cristo.

Pablo no esperaba que el mundo le tratase mejor de lo que sus habitantes trataron a Cristo. Crucificaron a Cristo y, al final, acabaron matando al apóstol Pablo. Todo esto fue el resultado de su amor por Dios, que no podía ser satisfecho con nada excepto con Dios mismo.

El tercer enfoque de Pablo fue “llegar a ser semejante a él en su muerte”.

Esta era la clave del ministerio del apóstol Pablo y de la pasión que sentía por Dios. Cuando Jesús murió en la cruz, fue por nuestro pecado. Pablo habla de clavar el “yo” en la cruz para liberarnos del pecado. Él deseaba conformar su vida a la muerte de Jesucristo, de modo que el poder de resurrección de Cristo pudiera inducirle a la alabanza y a la adoración.

Estos dos hombres, David en el Antiguo Testamento y Pablo en el Nuevo, partieron de puntos de vista diferentes. No podían haber sido más distintos y, sin embargo, nadie podía haberse fundido con otro en una pasión tan santa por Dios como lo hicieron ellos. A una persona se la conoce por la pasión que la empuja día tras día, en los buenos y en los malos momentos.

Lo que necesitamos actualmente es pasión, pero más concretamente pasión por Dios, el deseo profundo de conocer a Dios como Él desea que lo conozcamos. Lo que veo que falta hoy día es este deseo de conocer a Dios de forma personal. Hay otras cosas que interfieren en esta relación hasta que apenas resulta reconocible en la iglesia moderna.

Dentro de la iglesia evangélica, parece que sentimos una gran pasión por todo *menos* por Dios. Buscamos alrededor de nosotros actividades que consumen los recursos de nuestras vidas. En lugar de mirar al mundo que nos rodea, es necesario que miremos a la fuente de nuestra redención. Estamos tan absortos en los juguetes y en los métodos modernos que hemos perdido nuestra pasión por Dios.

Necesito una pasión por Dios que penetre en ese caparazón exterior que se conoce como mundo, diseñado por el enemigo para mantenerme lejos de Dios. Si examinamos la situación actual, parece que nuestro enemigo ha hecho un buen trabajo levantando un muro prácticamente impenetrable entre Dios y nosotros. Si no contásemos con más que nuestros recursos humanos, ese muro sería inexpugnable.

Lo importante que debemos tener en cuenta es que todo lo que me aparte de Dios es mi enemigo, y solo el poder de Dios lo puede vencer. El problema actual es que no reconocemos al enemigo y, en algunos casos, incluso lo consideramos un amigo.

Isaac Watts nos plantea esta pregunta: “¿Es este mundo vil un amigo de la gracia, que me ayude a ir a Dios?”. Es una pregunta retórica, y la respuesta es un *no* clarísimo. En este mundo no hay nada que pueda alimentar, en ningún sentido, nuestra pasión por Dios. Debemos dejar el mundo a nuestra espalda y seguir avanzando para conocer a Dios en su territorio. Cuanto más me acerco a Dios más me distancio del mundo.

Venir a la presencia de Dios no es algo que se consiga mediante el esfuerzo humano, como dije antes, sino solo por medio del Espíritu Santo que vive en mí, permitiéndome llegar hasta lo profundo del corazón de Dios. Cuanto más profundice en su corazón, más se me opondrá el enemigo, pero más me atraerá Dios hacia Él. Puede que el enemigo sea fuerte, pero sus fuerzas son limitadas, mientras que la gracia de Dios no tiene fin. “Porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo” (1 Jn. 4:4).

Sin duda, no estoy contra la razón. Creo que la razón es un instrumento genial para cualquier empresa en este mundo. Es esencial que sepamos razonar del punto A al B. Sin razón, el mundo entero tendría un grave problema. Los científicos pueden desvelar grandes misterios mediante el uso de la razón. Vivimos en un mundo muy racional, a pesar de que haya muchas personas irracionales, y la razón puede ser un gran aliado si se lo permitimos. El problema es cuando llevamos la razón al ámbito espiritual.

Por su propia naturaleza, la razón es limitada, y por consiguiente no puede ayudarnos en nuestra búsqueda del Dios ilimitado. La razón puede llevarnos hasta la puerta, pero solo la fe puede abrirla para que entremos en la presencia de Dios. La

fe no es irracional; simplemente, opera más allá del alcance de la razón. La fe nos permite saltar de un punto cualquiera del mundo para llegar al corazón de Dios.

El corazón humano tiene sed de Dios. Él nos creó, y en nosotros hay algo que nos vincula a Él. Hasta que ambas partes se reúnan, cosa que sucede durante la salvación, en el corazón humano hay una inquietud que nunca podemos apaciguar.

Esta inquietud se percibe en el mundo que nos rodea. El corazón del mundo late en un esfuerzo constante por descubrir el propósito de la vida, pero siempre avanza en la dirección equivocada, distanciándose de Dios.

Dios nos creó y nos dio pasión por Él, y la caída del ser humano en el huerto de Edén fue lo que sabotó esa pasión e hizo que cayéramos al nivel en que nos encontramos hoy. Solo por medio de la redención, que consiguió Cristo al morir en la cruz y resucitar al tercer día, podemos regresar a ese punto de comunión con Dios, que es la pasión de todo ser humano.

La declaración de Pablo “a fin de conocerle” es el grito de guerra, por así decirlo, del alma redimida que busca a Dios con el poder del Espíritu Santo. Lo más natural después de la conversión es sentir el deseo insaciable de conocer a Dios, que debemos nutrir con las cosas profundas de Él.

Pedro declaró esto al escribir: “Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P. 3:18). La pasión del cristiano es crecer, pero ese crecimiento debe ser en Cristo. Es maravilloso conocer todo lo que nos rodea, pero conocer a Cristo es la cumbre de todo conocimiento. Esta es la pasión del cristiano.

Cuando era más joven intentaba leer y estudiar todo lo que caía en mis manos. Visitaba con frecuencia la biblioteca local y me llevaba a casa montones de libros para leerlos cada semana. Leía biografías, obras de psicología, historia, poesía, filosofía y, sí, incluso teología. Podía hablar con los demás de casi cualquier

tema que surgiera en aquel momento, lo cual fastidiaba a mis amigos.

A medida que crecí y fui madurando en las cosas de Dios empecé a perder interés en esos temas, y a sentir una pasión: simplemente conocer a Dios. Fue entonces cuando todo cambió. Todos los libros que había leído en el pasado se desvanecieron a la luz del conocimiento de Dios. Mi búsqueda de Dios me ha pasado un alto precio. Sin embargo, cuando miro atrás veo que es esa búsqueda del Señor la que me ha traído hasta donde estoy ahora. Deseo conocer a Dios en toda la belleza de su revelación.

Ahora aprecio muchísimo los grandes himnos de la iglesia. Soy consciente de que los escribieron hombres que deseaban conocer a Dios profundamente, y que en su búsqueda de Dios pusieron en forma poética lo que descubrieron. Leer esa poesía basada en los descubrimientos de Dios de aquellas personas me ha enriquecido.

No pasa un día sin que, a menudo de rodillas, entone uno de los grandes himnos de la iglesia. Es evidente que no puedo aspirar a formar parte del coro de la iglesia, pero sí de ese coro celestial que canta a Dios con tanta pasión, motivado por el gozo y el placer que supone conocerle.

¡Oh, quién tuviera lenguas mil!

Charles Wesley (1707-1788)

¡Oh, que tuviera lenguas mil!
Del redentor cantar,
la gloria de mi Dios y Rey,
¡los triunfos de su amor!

Bendito mi Señor y Dios,
te quiero proclamar;
decir al mundo en derredor,
tu nombre sin igual.

Dulce es tu Nombre para mí,
pues quita mi temor;
en él halla salud y paz,
el pobre pecador.

Rompe cadenas del pecar;
al preso librará;
su sangre limpia al ser más vil,
¡gloria a Dios, soy limpio ya!

EL FUNDAMENTO DE NUESTRA PERCEPCIÓN DE DIOS

¡Oh Dios, ayúdame a reunir mis pensamientos y centrarlos en ti! Tengo tendencia a ir de un lado para otro y especular, pero, ¡oh Señor!, guíame en el camino para que te conozca de tal modo que entienda quién soy y por qué estoy aquí. Guíame a tu perfección en el nombre de Jesús. Que sea digno de conocerte en toda la plenitud de tu revelación divina. Amén.

Un hombre sería necio si intentara hacer algo que escapa a su capacidad. Todo aquel que intente hacer lo que me he propuesto sería un insensato si pensara que podría lograrlo.

Incluso el hecho de hablar de Dios requiere una capacidad que excede a la humana. Sé que todo el mundo habla de Dios, pero dentro del contexto que he presentado en este capítulo, nadie puede hablar realmente de Dios de una manera que sea digna del Dios de quien habla. Nadie puede predicar dignamente sobre Dios, nadie puede escribir sobre Él, a menos que esa persona conozca a Dios más allá de su capacidad humana.

No enfoco este tema como si fuera un erudito o un teólogo. Creo en la teología. Creo que no existe nada más maravilloso que la teología, que no es más que el estudio de Dios. Toda teología empieza en Dios y concluye en Él, porque, de lo contrario, sería una teología falsa. Buena parte de lo que hoy se nos vende como

teología no es más que un intento del hombre culto que pretende explicar a Dios usando su propia lógica y su razón. Te aseguro que en Dios hay mucha lógica y mucha razón, pero el asunto no acaba ahí. Si lo único que tuviésemos fuera la lógica y la razón, nunca penetraríamos en ese “velo de desconocimiento” que hace que la mayoría de personas no conozca de verdad a Dios.

Cometemos un grave error cuando abordamos este tema como si fuésemos expertos. Hoy día la Iglesia está llena de expertos, que no hacen más que añadir a la confusión de nuestra percepción de Dios. La única manera de enfocar este tema es en calidad de adorador. Todos los aspectos técnicos de la teología se quedan cortos para penetrar de verdad la presencia manifiesta de Dios.

No quiero dar un sermón sobre lo que pienso de Dios. Lo que hago es dar un testimonio, por así decirlo, de mi viaje hacia el corazón de Dios. No doy testimonio para la mente, sino para el corazón que siente una pasión intensa por conocer a Dios.

Aun a riesgo de repetirme, fue San Agustín quien entendió de verdad y escribió en sus confesiones: “Nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón vive inquieto hasta que encuentra el reposo en ti”. Este hombre de Dios comprendía lo que muchos no entienden hoy. Fuimos creados con un propósito, y hasta que este se cumpla, vivimos inquietos. No hay nada fuera de nosotros que nos proporcione el descanso y la paz para los que fuimos creados y que tanto anhelamos. Los placeres del mundo se quedan cortos. Ningún aspecto exterior del mundo puede atravesar la barrera sagrada del alma reservada solo para Dios. Hoy día nuestra alabanza es demasiado emocional, y no logra apaciguar nuestras almas para que experimentemos plenamente la presencia de Dios. Mi objetivo en este libro es guiar los corazones de los creyentes a Dios, en quien descubrirán su propósito y hallarán su reposo.

Hace muchos años, los hombres no estaban muy seguros

de sí mismos, pero esos tiempos quedaron atrás. Hoy tenemos mucha seguridad en nosotros mismos; estamos muy seguros sobre todas las cosas menos aquellas sobre las que deberíamos estar seguros. Nos hemos especializado en lo trivial, perdiendo nuestro verdadero sentido. En aquella época había más gente que tenía la mentalidad del poeta Thomas Blacklock, quien dijo “Ven, oh alma mía, en sagrados estratos” (niveles o capas).

Personalmente, creo que sería buena idea que, cuando nos reunimos los domingos por la mañana, hiciéramos lo posible por disponer nuestra alma “en sagrados estratos”. Por supuesto, las congregaciones modernas no tienen ni idea de lo que esto significa. Esto es algo que debemos explorar en nuestros tiempos, siguiendo la oración de Blacklock:

Ven, alma mía, en sagrados estratos,
procura a tu gran Creador alabar:
mas, ¿qué lengua podrá su gloria contar?
¿Qué verso abordar ese tema sin par?

Cuando empezamos a pensar en Dios, pensamos en algo que escapa a nuestra capacidad de comprenderlo plenamente, y que está más allá del límite de la inteligencia humana. Dicho en pocas palabras, si puedes concebirlo, no es Dios.

Quiero concentrarme en la perfección de Dios, que incluye todos estos atributos de su naturaleza divina. Una vez que empiezas a sondear la personalidad de Dios, ya no hay final. Sigue y sigue a medida que Él se complace en revelarse ante nuestros corazones que le adoran.

Cuanto más sabemos de Dios y cuanto más le conocemos íntimamente, más empezamos a comprendernos a nosotros mismos y a ese vínculo maravilloso y misterioso que tenemos con Él. Los atributos de Dios dictan la alabanza y la adoración que le son aceptables, y si no son aceptables para Él en algún sentido,

no es una alabanza digna. Debemos evaluar nuestra alabanza a la luz de Aquel a quien alabamos. Nadie puede hacer esto y hacerlo dignamente, porque, ¿quién entre nosotros es capaz de ello? Aquel a quien alabamos determina nuestra alabanza.

En “Los idilios del rey: La muerte de Arturo”, Lord Tennyson, lo expresó de este modo:

La oración obra más cosas de las que sueña este mundo.
Entonces, que tu voz brote cual fuente para mí de noche y
de día.
Pues, ¿en qué son más los hombres que las ovejas o las
cabras,
que nutren una vida ciega en sus mentes, si,
conociendo a Dios, no elevan las manos en oración
por ellos mismos y por aquellos a los que llaman sus
amigos?
Pues así toda la tierra esférica está ligada,
por cadenas de oro, a los pies de Dios.

Francamente, estoy hablando de Aquel en quien debes creer antes de negarle: Aquel que es el Verbo, quien nos capacita para que hablemos de Él. Por nuestra cuenta solo podemos trazar una caricatura, y bastante deficiente, y sin duda indigna de nuestra adoración. Me niego a adorar nada que haya creado yo mismo.

Admito sin problemas que no estoy cualificado para exponer estas verdades sobre Dios. Cuanto más profundizo en este tema, más cuenta me doy de lo que realmente ignoro. A veces podemos ser tan arrogantes que pensamos que creemos, pero estamos ciegos ante algunos aspectos de la verdad. Sin duda quiero que mi corazón esté abierto a todo lo que Dios desee revelarme.

Lo que debemos entender realmente es que nuestro conocimiento de Dios no lo podemos adquirir simplemente mediante

procesos académicos. Lo que realmente sabemos de Dios es lo que Él nos ha revelado por su fidelidad.

Cuando Jesús resucitó de los muertos y se apareció a los discípulos, ni así podían creer ellos. La creencia no se basa en la vista, porque, si así fuera, al ver a Jesús ellos habrían creído que había resucitado. Hizo falta una aplicación espiritual de la revelación que no puede producir la razón ni la lógica. Cuando se abrieron sus ojos, algo que solamente puede conseguir la obra del Espíritu Santo, pudieron creer.

Lo que el Espíritu Santo no nos revela no merece la pena saberlo.

Sostengo que todo lo que hacemos refleja hasta cierto punto nuestra percepción de Dios. No hace falta mucho tiempo para comprender a una persona una vez que entendemos su percepción de Dios. Creo que es esencial que nuestra percepción de Dios sea digna de Él y que refleje la verdad que se nos ha revelado acerca del Dios de la Palabra. Incluso aquellos que no creen en Dios convierten su ateísmo en un dios. ¿Qué es lo que crees y piensas de verdad cuando escuchas la palabra *Dios*? Tu percepción de Dios determina todo acerca de ti. Por este motivo, nuestra visión de Dios debe basarse en un fundamento sólido que no nos defraude en ninguna circunstancia.

Debemos comprender de verdad la historia de la degeneración progresiva del ser humano. Algunos creen que el hombre está evolucionando para bien. Sin embargo, la evidencia no respalda en absoluto esta idea. Si el hombre estuviera mejorando, ¿por qué sigue luchando con los pecados de sus antepasados? ¿Por qué no ha solucionado sus problemas, sino que parece que los está agravando?

La historia empieza en el huerto de Edén. Fue allí donde apareció el hombre. Adán fue creado a imagen de Dios y, cuando lo creó, Dios dijo: “Es bueno”. En el hombre no había una sola imperfección detectable. Esto también se puede decir de Eva.

Algunos parecen decir que la causa de la degeneración del hombre radica en su entorno. Un muchacho que crece en un barrio marginal urbano no tiene posibilidades. La otra cara de la moneda sostiene que un muchacho que crece en un buen barrio y disfruta de todas las ventajas de la vida será una gran persona. La evidencia apunta en otro sentido.

Adán y Eva vivían en un entorno perfecto. En aquel jardín maravilloso no había un solo pecado, ninguna imperfección, nada que en ningún sentido hiciera que un hombre o una mujer le dieran la espalda a Dios. Y entonces actuó Satanás, el enemigo del ser humano.

Hasta ese momento, Adán y Eva habían tenido una percepción correcta de Dios. Él caminaba con ellos en medio del frescor del día. Tenían una comunión con Él que solo podemos imaginar y envidiar los que estamos al otro lado del huerto. Sabían quién era Dios. Entonces Satanás sembró la semilla de la duda, y la historia del hombre empezó su decadencia. Satanás proyectó una mala imagen de Dios que hizo que Adán y Eva cuestionasen quién era, y si realmente tenía en mente los beneficios de su raza. Todos sabemos cómo se desarrolló la historia después de esto.

Esta degeneración progresiva ha sido el tema de la historia humana desde aquellos tiempos. La percepción humana de Dios empezó a abandonar su mente, y adoptó el programa de Satanás: “Seré como el Altísimo”. Desde ese momento, el hombre ha intentado colocarse por encima de Dios, logrando solamente caer en una espiral descendente que acaba en el pozo del infierno.

La consecuencia de todo esto es que el hombre perdió su confianza en Dios. Como resultado, la gente no tiene fe en Dios. Podemos contemplar a los grandes hombres de fe. Uno de los que me gustan es George Müller. La pregunta que formula la gente es: “¿Por qué no puedo tener la fe de George Müller?”.

La única manera de que tengas la fe de George Müller es

teniendo su confianza en Dios. Esto no es algo que se adquiriera con libros de texto, conferencias ni ninguna de las otras facetas de la religión que están tan de moda. Esta confianza en Dios solo puede nacer cuando empezamos a conocer a Dios como Él es realmente. Afirmino que solo un verdadero adorador puede conocer a Dios.

La religión puede enseñarte sobre Dios. La teología fría, textual, puede enseñarte sobre Dios. Pero ninguna de las dos puede llevarte realmente a la presencia de Dios, donde empieces a conocerle y a tener confianza en el Dios al que conoces. Afirmino que nuestra fe en Dios nace natural y automáticamente cuando empezamos a conocerle personalmente; no solamente saber *acerca de* Dios, sino tener un encuentro personal con el Dios vivo, un encuentro que no esté limitado por la razón ni por la lógica. Un verdadero encuentro con Dios nos eleva por encima de todo lo que podamos saber, y comenzamos a penetrar ese “velo del desconocimiento” y a entrar en la presencia divina.

La fe no es algo que luchamos por edificar. Más bien, la fe consiste en conocer a Dios, creer en Él y lo que dice sobre sí mismo, lo cual da como resultado la confianza en Dios y en su carácter. “La fe viene por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Ro. 10:17).

Si tenemos que esforzarnos por aumentar la fe, será una fe falsa, no algo que potenciará nuestro caminar con Dios. Nuestra confianza en Él caerá en picado, y empezaremos a buscar un sustituto. Tengo mucho miedo de que la iglesia cristiana moderna haya encontrado un sustituto en el entretenimiento y las actividades sociales.

Pero mi misión consiste en proporcionar información sobre el carácter de Dios o, tal como lo digo yo, la perfección de Dios. Quiero decirte cómo es Dios y, cuando te diga como es Él, si lo lees con una mente abierta, descubrirás que la fe surge de forma natural. Para que crezca la fe es necesario el conocimiento restaurado

de Dios. No creo que haya habido un solo momento en la historia de la Iglesia en que hayamos necesitado esto más de lo que lo precisamos hoy.

En cierta ocasión unas personas me felicitaron diciéndome que pensaban que era un gran predicador y que sacaban mucho provecho de mis sermones. Cuando era más joven hubiera estado de acuerdo, pero he escuchado grabaciones de algunos de mis sermones y, sinceramente, no suenan muy bien. No afirmo ser un buen predicador. Sin embargo, predico sobre cosas buenas, y esto es lo que marca la diferencia abismal entre un buen predicador y la predicación de cosas buenas. Cuando predico sobre Dios predico sobre algo bueno; ahora escribo sobre lo que es bueno y está por encima de todo lo que pudiéramos imaginar.

Esta es la esencia, el centro y la fuente de toda teología, toda doctrina y toda verdad, toda vida, toda materia y toda mente, todo espíritu y toda alma. Esta es la gran necesidad del momento porque la situación, tal como la percibo en las iglesias de nuestra época, es muy grave. No se trata de lo bien que lo digamos, sino de lo bien que lo creamos.

Conocer a Dios significa comprender nuestro motivo para existir, nuestro propósito en la vida. La vida es tan corta que muchas personas la desperdician intentando encontrarse a sí mismas... fuera de Dios. Este conocimiento trasciende la razón y solo nos llega por medio de la revelación y de la iluminación divinas. Ten en cuenta que los conceptos sobre Dios que no estén apoyados en la verdad revelada dan paso a la especulación humana y a determinadas mentiras sobre Él, descalificando toda adoración que intentemos tributar a Dios.

Pido a Dios que este libro despierte en ti la pasión santa de conocerle. Cuanto antes deje de ser necesario este libro, antes empezarás a descubrir tu relación con Dios, y cuando esto suceda tu alma comenzará a entonar un himno de alabanza y adoración.

Ven, alma mía, en sagrados estratos

Thomas Blacklock (1721-1791)

Ven, alma mía, en sagrados estratos
procura a tu gran Creador alabar:
mas, ¿qué lengua podrá su gloria contar?
¿Qué verso abordar ese tema sin par?
¿Qué verso abordar ese tema sin par?

En tu trono de radiantes esferas rodeado,
tu gloria llevas cual vestidura;
formando un vestido de luz divina,
diez mil soles brillan alrededor.
diez mil soles brillan alrededor.

Toda obra grande de nuestro Creador
se viste de poder sin fin, de sabiduría;
sus obras, por su hermosa apariencia,
declaran la gloria de su nombre,
declaran la gloria de su nombre.

Volando con las alas de la devoción,
canta, alma mía, sus loores;
que tu lengua se preste a su alabanza
hasta que los mundos se unan a tu canto,
hasta que los mundos se unan a tu canto.

